



# CRECED

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

marzo/abril 2020

## Índice nº 2/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
5	Tú permaneces	<i>H. Smith</i>
8	Un servicio ejemplar	<i>F.B. Hole</i>
12	Tiempos sombríos	
13	Pensamiento	<i>J.N. Darby</i>
13	Ausentes del cuerpo	<i>C.H. Mackintosh</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# Principios esenciales de la vida cristiana

---

(Viene de la página 5 del n° 1.2020)

## 2. Alimento y desarrollo de la nueva naturaleza

---

En el capítulo anterior hemos visto que un cristiano es aquel que ha nacido de nuevo y que recibió la nueva naturaleza, una divina y santa naturaleza de Dios. Este es el “nuevo hombre” del que se habla en Colosenses 3:10, y que ha sido puesto en el cristiano. Esta nueva naturaleza debe ser alimentada y desarrollada, si el cristiano desea crecer y ser fuerte. El apóstol Pedro nos exhorta a crecer y desarrollarnos. Nos dice que debemos desear, “como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada” de la Palabra, “para que por ella crezcamos para salvación”. Y, una vez más, nos dice: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (1 Pedro 2:2; 2 Pedro 3:18.).

### El alimento

Notemos que “la leche espiritual no adulterada” es el alimento que hará que el recién nacido en Cristo crezca. La Palabra de Dios es el

único alimento de la nueva naturaleza. El Señor Jesucristo es el tema de la Palabra y él es el pan de vida para el nuevo hombre. “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre” (Juan 6:35, 51).

Por lo tanto, el cristiano debe alimentarse de Cristo en las Escrituras todos los días o de lo contrario no crecerá fuerte ni se desarrollará. El Señor dijo: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (v. 57). Como Jesús vivió en la diaria dependencia del Padre, nosotros también debemos alimentarnos diariamente de Cristo en sincera dependencia para el sustento y desarrollo de la vida divina dentro de nosotros. La nueva naturaleza solo puede ser nutrida y sostenida por una alimentación diaria de Cristo en las Escrituras.

La nueva naturaleza anhela la Palabra de Dios como alimento, y no hay nada en todo el mundo que pueda alimentarla y fortalecerla aparte de esta Palabra. Cualquier otra cosa es alimento para el hombre natural y sostiene nuestra vieja naturaleza pecaminosa.

Al igual que los hijos de Israel en Éxodo 16, tenemos que recoger y comer el maná fresco todos los días, si queremos ser cristianos sanos y fuertes. Dios dijo a Israel que Él los

alimentó con el maná cada día “para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3). También tenemos que aprender esta lección de que como cristianos no podemos vivir solo por el alimento material; tenemos que apropiarnos del alimento espiritual para nuestras almas y vivir por las palabras que provienen de Dios y que se encuentran en la Santa Biblia. Así que leamos la Palabra cada día, meditemos y asimilemos lo que leemos.

### Respirar el aire de la oración

Un niño recién nacido necesita del aire para mantener su vida, así como el recién nacido en Cristo necesita respirar el aire de la oración para el sostenimiento de la vida espiritual. La oración es el aliento de la vida espiritual e indica la presencia de la vida divina. La oración es la expresión de la dependencia de Dios, que es un instinto innato y característico de la naturaleza divina del cristiano. La oración, entonces, es el flujo natural y la expresión de nuestra nueva naturaleza y es necesaria para su crecimiento y desarrollo.

La oración nos lleva ante la presencia de Dios y promueve la comunión con Él. Sin la comunión con Dios, la vida espiritual no se puede sostener ni renovar. “Los

que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Isaías 40:31). Cuando leemos la Biblia, Dios nos habla y cuando oramos le hablamos a Él. Ambos son necesarios para la comunión, el crecimiento y el desarrollo de la nueva naturaleza.

El Salmista dijo: “Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré” (Salmos 55:17). Daniel “se arrojaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios” (Daniel 6:10). Así que nosotros debemos hacerlo si queremos ser cristianos saludables; no empezar el día sin antes leer la Biblia y orar a Dios. Si no lo hacemos, pronto seremos cristianos derrotados y desnutridos. Además de tiempos regulares de oración cada día, los creyentes somos exhortados a ser “constantes en la oración” y “orar sin cesar” (Romanos 12:12; 1 Tesalonicenses 5:17). La actitud dependiente en la oración debe caracterizar siempre al hijo de Dios.

### Andar en el Espíritu

Hemos notado anteriormente que el Espíritu Santo de Dios mora en el cristiano; es el poder de la vida cristiana y la fortaleza de la nueva naturaleza: “fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu” (Efesios 3:16). Esta Persona divina que mora en el creyente pondrá en acción los deseos e instintos de la nueva naturaleza. Nos guiará y

nos hará madurar en todos nuestros asuntos si le permitimos controlar nuestras vidas y ser nuestro guía. Por esto se nos exhorta a “andar en el Espíritu” y ser “guiados por el Espíritu” (Gálatas 5:16, 18). Esto implica la sumisión y la obediencia del corazón a la Palabra de Dios y a las indicaciones del Espíritu Santo dentro de nosotros. Este es un elemento esencial de la nueva vida, ya que hacer lo contrario dará como resultado una derrota y un fracaso en el camino cristiano.

El Espíritu Santo alentará al creyente en los deseos y las actividades de la nueva naturaleza. Su obra especial es guiarnos a toda verdad tomando las cosas de Cristo, el pan de vida y la Palabra viva, para hacérselas saber a nosotros (Juan 16:13-15). También nos enseña a orar: “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu”, “orando en el Espíritu Santo” (Efesios 6:18; Judas 20). Por lo tanto tenemos que andar en el Espíritu, si deseamos que nuestra nueva naturaleza sea alimentada y desarrollada. Si un creyente desobedece al Espíritu Santo y a la Palabra de Dios, el Espíritu Santo es contristado, apagado y no tiene plena libertad para promover los deseos de la nueva naturaleza (Efesios 4:30). Él solo puede convencer a uno que ha pecado, conducirlo al juicio propio y a la confesión del pecado. Andar en el

poder del Espíritu sin afligirlo, es entonces de vital importancia para la vida cristiana.

### La comunión con los cristianos

“Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (1 Juan 1:7). La comunión y el compañerismo con otros cristianos también son vitales para el alimento y el desarrollo de la vida divina. La nueva naturaleza desea la comunión y el compañerismo con Dios y con los creyentes. Los contactos con los hermanos en la fe estimulan la nueva naturaleza y fortalecen los deseos divinos. “Mejores son dos que uno... porque si cayeren, el uno levantará a su compañero” (Eclesiastés 4:9-10). Si uno es débil en la fe y propenso a caer, la compañía de cristianos más fuertes lo levantará y lo fortalecerá. “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17). Esto es especialmente cierto con el compañerismo cristiano.

Se nos dice en Hebreos 10:24-25: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos”. Al asociarnos con otros cristianos nos animamos mutuamente al amor y las buenas obras, y al asistir a las reuniones cristianas nuestras almas se alimentan y se edifican juntas en la fe. Cuando dos

o tres se congregan en el nombre del Señor Jesucristo, Él está allí en medio de ellos (Mateo 18:20), y se obtienen bendiciones especiales que fortalecen y desarrollan la nueva naturaleza. Por tanto, la comunión en la luz con otros cristianos es un aspecto vital para la vida cristiana.

### El ejercicio de la nueva naturaleza

Así como el ejercicio y la actividad física son necesarios para el crecimiento y desarrollo del cuerpo físico, también es importante ejercitarse en la vida espiritual. Cuando ejercemos y usamos nuestros miembros físicos, estos crecen, se desarrollan y se fortalecen. Lo mismo sucede también en las cosas espirituales; a medida que nos ejercitamos en los deseos y las actividades de la nueva naturaleza, crecemos, nos desarrollamos y nos fortalecemos en el Señor.

Al joven Timoteo se le dijo: “Desecha las fábulas profanas y de viejas” que solo alimentan a la vieja naturaleza pecaminosa. “Ejercítate para la piedad” (1 Timoteo 4:7). El cristiano necesita participar en ejercicios espirituales diarios para preservar un estado del alma sano. Debe entrenar cada uno de sus miembros para la piedad. Los ojos, los oídos, la mente, la lengua, el corazón, las manos y los pies deben dirigirse hacia el camino de la piedad y ejercitarse en ella diariamente.

El cristiano debe practicar el ver, el oír, el pensar, el hablar, el sentir y el trabajar para el Señor cada día. Cuanto más lo practiquemos, más naturales serán tales actividades y más fuerte seremos en estos ejercicios espirituales de la nueva naturaleza. Nuestros ojos y oídos deben estar listos para cumplir algún servicio para el Señor y para aprovechar alguna oportunidad de ser testigo para Él. El corazón necesita ser entrenado en la compasión por las almas perdidas y por el pueblo de Dios, teniendo el deseo de servir a Dios y a los hombres. La mente y la lengua deben ser ejercitadas con el hablar del Señor, y nuestras manos y nuestros pies entrenados en actividades por amor de Cristo. Así, la nueva naturaleza se desarrolla por medio de los ejercicios espirituales.

(Continuará)

## Tú permaneces

*“Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el*

*mismo, y tus años no acabarán”* (Hebreos 1:10-12).

*“Porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”* (Hebreos 13:5-6).

*“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”* (Hebreos 13:8).

Estamos en un mundo en el cual vemos envejecer y desaparecer todo. Y encima de todo está la sombra de la muerte, que tarde o temprano afecta a la familia más feliz y pone fin a muchas alegrías temporales. Realizamos cuán verdadero es que “el mundo pasa” (1 Juan 2:17). Pero desviemos nuestras miradas de este horizonte y fijémoslas en los cielos. Allí, por la fe, podemos hacer como Esteban que, “puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hechos 7:55). Felizmente, nuestro corazón puede decir al Señor: **“Tú permaneces”**.

Nuestros seres queridos parten, pero Él permanece. Es una bendición para todos los creyentes, y en toda circunstancia, tener la seguridad que Él permanece. Pero esta certeza es particularmente preciosa cuando estamos en el dolor del duelo. Cuando la muerte destruye una familia y vemos que las esperanzas terrenales desaparecen, entonces,

levantemos los ojos hacia el Señor y digámosle: “Mas tú permaneces”. Y Él, mirando con compasión nuestros corazones quebrantados, nos responde: “No te desampararé, ni te dejaré”.

El primer creyente a quien se le dirigieron estas consoladoras y fortificantes palabras estaba en vísperas de un gran viaje (Génesis 28). Por la historia detallada que poseemos de su largo viaje, sabemos cuántos caminos difíciles implicaba, cuántos dolores y pruebas que traería, como también los momentos de gozo y las lecciones saludables que resultarían. Pero, en su gracia, Dios no advirtió a Jacob —porque de él se trata— para informarlo de los detalles del camino que tendría que seguir. Le dice: “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (v. 15).

Jacob sabía la meta gloriosa de este viaje, porque Dios le había dicho: “...volveré a traerte a esta tierra”. Sabía que todas las familias de la tierra serían benditas en él y en su descendencia (v. 14). Sabía que, desde el principio de ese viaje hasta el último paso que lo volvería a traer al país prometido, no sería jamás abandonado.

Es también así para el creyente hoy. Y hasta, de una manera más profunda y un sentido más provechoso



podemos apropiarnos de estas palabras consoladoras. Sabemos cuál es el punto de partida de nuestro viaje: nos hemos puesto de camino por la gracia de Dios que nos trajo la salvación. Y conocemos cuál es su meta: lo que la gracia comenzó se terminará en la gloria. La gracia nos abre el camino hacia la gloria, una gloria en la que seremos semejantes a Cristo, y estaremos por la eternidad junto a Él. Pero, entre el punto de partida — la gracia— y el punto de llegada — la gloria— se despliega todo nuestro camino de peregrinos a través de un mundo enemigo, caracterizado por el pecado y el sufrimiento. No sabemos lo que encontraremos en ese camino, pero sabemos una cosa: el Señor dijo: “No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5).

El Señor mismo —y no algún mensajero— nos dirige estas palabras de aliento. Él quiere estar cerca de los corazones tristes o ansiosos. Ningún otro puede acercarse a nosotros y decirnos con tanta dulzura: “No te desampararé, ni te dejaré”. Sus manos “vendan a los quebrantados de corazón” (Isaías 61:1), sus manos que fueron traspasadas sobre la cruz por amor a nosotros. La fe, que discierne lo que el Señor dijo, puede elevarse sobre este mundo caracterizado por el pecado, el sufrimiento y la muerte, diciendo con fiadamente: “El Señor es mi ayudador; no temeré” (Hebreos 13:6).

Aquel que nos hace oír esta palabra de consuelo, que prometió estar con nosotros a cada paso de nuestro viaje, ya lo recorrió antes que nosotros. Alcanzó su meta gloriosa, “el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24). En cierto modo dijo a los suyos afligidos: He seguido ese camino antes que ustedes como un extranjero en el mundo, como un viajero, como un “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3). Conozco cada curva de la carretera. Conozco los lugares montañosos y las llanuras. Hay montañas que escalar, valles sombríos que pasar, ríos que atravesar, pero lo conozco todo. Subí las montañas, seguí las valles y pasé por las aguas. También atravesé el último valle, el de la sombra de muerte y alcancé la morada de la gloria. Ahora estoy sentado a la diestra de Dios y, desde mi trono de gloria, les sostendré, les ayudaré e intercederé por ustedes tanto como dure su viaje. Al final, vendré a buscarlos y les tomaré junto a mí “para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3). “Porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (Génesis 28:15).

Sin embargo, para los corazones enlutados, hay aún otra consolación en el Señor. No solamente podemos decirle: “Tú permaneces” sino agregar también: “Pero tú eres el mismo” (Hebreos 1:11-12).

Cuando miramos el pasado, vemos el rostro de varios que hemos conocido y amado, que ya no están y esto nos llena de tristeza. Pero nuestras almas se elevan más allá de la tristeza cuando levantamos los ojos y vemos a Aquel que no nos dejará nunca y que no cambiará jamás.

La expresión del primer capítulo: “Pero tú eres el mismo” encuentra una confirmación y un complemento en el último capítulo. Allí leemos: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (13:8). No solamente Jesús es el mismo, sino que **hoy** en el cielo es el mismo que ayer sobre la tierra.

Sin embargo sus circunstancias cambiaron completamente. Ayer era el pobre, aquel que no poseía nada, el hombre sin patria, el que no tenía donde “recostar la cabeza” (Lucas 9:58). Hoy tiene la majestad y la realeza en la gloria celestial. Se quitó para siempre los vestidos de su humillación y se revistió del vestido glorioso que conviene a su lugar en la gloria.

Pero si sus circunstancias cambiaron, su corazón no cambió. Múltiples coronas le son debidas y nos gozamos verle coronado como Señor de todo. Pero ninguna de las coronas que adornarán su cabeza cambiará jamás su corazón. Aquel que podía llorar con Marta y María (Juan 11:33-36) no cambió en absoluto. El corazón que estaba lleno de

simpatía por la viuda de Naín (Lucas 7:11-15) está siempre lleno de compasión por los creyentes en el duelo. El tierno amor que consolaba el corazón quebrantado de Jairo dice todavía hoy al creyente en la pena: “No temas; cree solamente” (8:50).

H. Smith

## Un servicio ejemplar

---

Hechos 20:17-27

En medio de los ancianos de Éfeso que habían venido a él, el apóstol Pablo echa una mirada retrospectiva sobre su servicio. Da entonces un resumen general del ministerio que había desempeñado como hombre libre, en el sentido que hasta entonces había podido desplazarse libremente, según lo conducía el Señor. Pero sabía que su tiempo de libertad pronto se iba a terminar.

Su servicio no fue absolutamente perfecto —pues solo el del Señor Jesús lo fue— pero fue un servicio ejemplar. Pablo era un hombre con los mismos sentimientos humanos que nosotros, y solo pudo hacer lo que hizo con el poder de la gracia y la ayuda del Espíritu de Dios.



En este resumen notable, cada palabra tiene su importancia. Nos detendremos en los versículos que nos muestran el **espíritu** con el cual el apóstol sirvió, luego en los que describen el **contenido** de su servicio.

### El espíritu del servicio de Pablo

El apóstol empieza diciendo: “Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia” (v. 18). Le caracterizaba una constancia extraordinaria. De cierto modo podía decir: Así como me visteis en el primer minuto, así seguí siendo el mismo. En lo que nos concierne hoy en día, bien podemos humillarnos. Somos inconstantes en nuestros esfuerzos, a veces celosos y decididos, a veces amargos y contrariados. Pablo no era así. Él siempre era el mismo en todos los lugares. No tenía nada que ocultar. Lo que era, lo era enteramente.

Luego dice: “**sirviendo al Señor**” (v. 19); —no dice: sirviendo a los creyentes. El Señor era quien estaba delante de él, y no los hombres. Si nuestro servicio tiene la misma orientación, el Señor permanecerá como nuestra única meta y serviremos “con toda humildad”. Y esto no solo en nuestro comportamiento exterior, sino también en nuestro estado de ánimo.

La gran característica de este siervo era un espíritu humilde. No se presentaba a los creyentes con gran pompa ni con manifestaciones ruidosas. No hacía publicidad para sí mismo, para convencer a cada uno de lo que era. Se comportaba con discreción. Era apacible y no hacía nada por sí mismo.

Además, servía “con muchas lágrimas.” Estas lágrimas eran la expresión de las pruebas de su alma, de sus aflicciones sinceras y profundas. ¡Ah, si solamente tal estado de espíritu existiera más hoy en día! Pablo dice: “sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos” (v. 19). Un servicio ejemplar no significa un servicio que va de éxito en éxito y de triunfo en triunfo. Había toda clase de pruebas, de tentaciones y de obstáculos. En otro pasaje dice: “derribados, pero no destruidos” (2 Corintios 4:9), porque el Señor estaba a su lado. Las circunstancias fáciles en donde la mayoría de nosotros nos encontramos, no deben llevarnos a concluir que el servicio cristiano se parece a una marcha triunfal, en la cual acudimos a grandes congregaciones con una muchedumbre entusiasta. Este siervo ejemplar, este esclavo de Cristo, encontraba continuamente obstáculos aparentemente insuperables. Experimentaba pruebas y tentaciones de toda clase, y su actitud frente a ellas

demostraba cuán espiritual era. Si se oye decir de alguien que sirve al Señor que encuentra innumerables dificultades, no se debe concluir que no está calificado para el servicio. ¡Muy al contrario!

Leemos luego: “testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (v. 21). El mensaje de Pablo irritaba mucho a los judíos. Éstos admitían que los griegos tenían que ser llevados al arrepentimiento, pero decir a los que constituían el pueblo de Dios que tenían que arrepentirse era chocante. Sin embargo, Pablo daba testimonio de la verdad de Dios con fidelidad y sin dejarse turbar, tanto frente a los judíos como ante los griegos.

“Ahora” debe agregar, “el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones” (v. 23). Las dificultades iban creciendo, pero puede decir: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo” (v. 24). Era un hombre de una firmeza y fe excepcionales, que estaba dispuesto a entregar su vida por el nombre y por el servicio del Señor. Conocemos muy poco esto. Hablando de Bernabé y de Pablo, los hermanos de Jerusalén pudieron decir: “son hombres que han expuesto su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 15:26). No era solo un cierto riesgo

que habían corrido, una posibilidad entre otras. Pablo y sus compañeros eran hombres que se ponían en la brecha y que estaban dispuestos a entregar su vida. El apóstol de ninguna cosa hacía caso, ni estimaba preciosa su vida para sí mismo, con tal que acabase su carrera con gozo, y el ministerio que recibió del Señor Jesús (20:24).

Al considerar la vida de este siervo ejemplar, podemos decir verdaderamente: no es de extrañarse que la obra del Señor haya prosperado en su mano; “desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15:19).

El contenido de su mensaje

¿Y de qué hablaba Pablo? En primer lugar, daba “testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (v. 4). Es el punto de partida. Acerca del Evangelio, todos hemos oído ya muchas cosas útiles, por eso no nos detendremos ahora en esto.

El apóstol sigue: “ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro” (v. 25). Notemos aquí el círculo más estrecho. Se trata de una palabra predicada a creyentes. El apóstol se dirigía a aquellos que habían creído en el Evangelio de la gracia de Dios y les predicaba el reino de Dios. ¿Qué significa esto exactamente? Ciertamente no que

iba de ciudad en ciudad, predicando el reino milenar, y que tenía discursos proféticos en que hablaba del día en el cual “la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Significa que dondequiera que se hallara entre el pueblo de Dios, el apóstol ponía la **autoridad divina** sobre la conciencia de los creyentes, con benignidad, mansedumbre y afecto. Decía en esencia: habéis creído al Evangelio, ahora pertenecéis al pueblo de Dios, y como tales estáis sometidos a Cristo y a la palabra de Dios. Habéis sido trasladados al reino de Dios para que su autoridad, tal como está expresada en su Palabra, gobierne vuestro corazón y vuestra vida.

En la epístola a los Romanos, el apóstol despliega los detalles del Evangelio, pero no termina sin antes escribir los capítulos 12 a 15 —capítulos que a veces se supone que son conocidos y por consiguiente se dejan de lado, en lugar de ser leídos cuidadosamente a fin de ponerlos en práctica.

Hemos sido puestos bajo la autoridad divina. Pero ¿tiene la palabra de Dios verdaderamente su poder absoluto sobre mi corazón y sobre mi vida? Es lo que significa “el reino de Dios”. Pablo predicaba este reino de Dios por dondequiera que iba. ¡Que Dios nos ayude a no descuidar este aspecto de la enseñanza divina!

Después de haber dicho en el versículo 24 que anunciaba “el evangelio de la gracia de Dios”, y en el versículo 25 que predicaba “el reino de Dios”, Pablo dice en el versículo 27: “no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios”. De cierta manera, dice: tenéis inmensas bendiciones. El Evangelio os trasladó a un lugar privilegiado de proximidad y de relación con Dios. La autoridad de Dios está establecida en vuestros corazones. La reconocéis y obedecéis a su Palabra. Pero acordaos que, en todo lo que hizo, Dios tenía en vista un consejo y un propósito definidos.

Este propósito, Dios nos lo ha dado a conocer en su Palabra. Su cumplimiento completo y definitivo aún está por delante de nosotros, pero toda nuestra vida en la tierra tiene que estar orientada conforme a lo que Dios se ha propuesto desde antes de la fundación del mundo.

Notemos las palabras: “no he rehuido”. Testifican de la fidelidad del apóstol en su servicio. No hay probablemente nada que le haya traído tantas dificultades como la predicación de todo el consejo de Dios. A fin de cuentas, es precisamente este tema, y particularmente la introducción de las naciones en la posición y los privilegios de la Iglesia, que provocó la hostilidad intensa de los judíos y que condujo a su cautividad.

## Tiempos sombríos

---

Por otro lado, no hay nada que ponga exigencias tan elevadas en el corazón y en la conciencia de los creyentes que la comprensión del consejo de Dios. No es posible tener con un corazón y una conciencia sinceros la comprensión de los maravillosos designios que Dios se propuso para con los suyos, sin sentir la responsabilidad de vivir en este mundo en armonía con los principios de la esfera enteramente distinta a la que pertenecemos. No podemos conservar estas maravillosas revelaciones en nuestro corazón sin estar perturbados, si nuestra vida las contradice. La verdad divina nos coloca siempre bajo la responsabilidad de andar aquí abajo como personas que poseen una esperanza y un destino celestiales.

¡Que Dios nos ayude a no perder de vista el vínculo entre estas cosas! Necesitamos el “Evangelio”, la verdad del “reino de Dios”, y también conocer “el consejo de Dios”. El mensaje de la salvación en Jesucristo nos vivifica y nos hace felices. Pero en lo que concierne a nuestra vida práctica, descubrimos que la verdad pone sus exigencias. Habla a nuestra conciencia. Después de todo, es lo que necesitamos: que la palabra de Dios toque nuestra conciencia y que oriente nuestra vida conforme a la voluntad de Dios.

F.B. Hole

*“El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios” (Isaías 50:10).*

Sin duda, cada uno de nosotros conoce momentos en su vida en los cuales todo nos parece sombrío. En vez de seguir al Señor con gozo, nos desanimamos. Estamos llenos de tentaciones y dudas, por lo cual nos falta el impulso interior para una vida feliz con Jesucristo.

¿Qué se puede hacer entonces? En la Palabra de Dios hallamos varias indicaciones de cómo salir de esta disposición espiritual negativa:

1) El texto bíblico citado nos recomienda: ¡“Confíe en el nombre de Jehová”! Aun en tiempos sombríos, aferrémonos a esto: ¡Nuestro Dios es todopoderoso y bondadoso! Dios solo tiene en sus pensamientos lo mejor para nosotros. Él puede darnos la salida para cualquier situación desesperada. Nada ni nadie puede separarnos de su amor.

2) Cuando Ana estuvo herida y amargada en su alma, derramó su corazón ante Dios. Después leemos: “Se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste” (1 Samuel 1:18). También

podemos decir a nuestro Dios todo lo que nos pesa. Esto nos alivia el corazón.

3) En Hebreos 12:3 se nos exhorta: “Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar”. El Señor Jesús no se desanimó por las dificultades que se le presentaron. Su ejemplo nos incita a superar los obstáculos en el camino de la fe.

Näher zu Dir

## Pensamiento

Vivir para Dios interiormente es el único medio posible de vivir para Él exteriormente. Temo una gran actividad sin una gran comunión con Él, pero estoy seguro de que el corazón que está con Cristo, vivirá para Él.

J.N. Darby

## Ausentes del cuerpo

Podría parecer que el Nuevo Testamento casi no hiciera mención del estado del espíritu desde el momento en que abandona el cuerpo hasta el día de la resurrección. Sin embargo, después de un examen más atento, llama la atención ver todo cuanto se dice al respecto. Es verdad que solo cuatro pasajes pueden aplicarse precisamente a este interesante intervalo; pero ¡cuán benditos pensamientos se hallan contenidos en esos cuatro pasajes! Si el lector desea examinarlos conmigo unos instantes, verá que, en cuanto a su aplicación, este tema se presenta en cuatro fases distintas de la vida cristiana; verá el espíritu del redimido pasar de cuatro condiciones diferentes a la presencia de Cristo. En un caso, lo verá irse simplemente como un pecador salvo por gracia; en otro, presenciara su éxodo en calidad de mártir; después, oirá los gemidos de un espíritu cargado, que desea estar “ausente del cuerpo” y “presente al Señor”; y finalmente observará el ardiente anhelo de un obrero que desea estar en el reposo, gozando siempre de la presencia del Maestro.

1) Lucas 23:39-43

*“Uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba,*

*diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.*

No es mi intención, en este momento, extenderme mucho acerca de este pasaje ni mostrar en detalle su rica enseñanza evangélica. Lo señalo simplemente a fin de que el lector pueda tener claro ante sí el testimonio de las Escrituras. Vemos aquí a una persona que entró en el paraíso tan solo en calidad de pecador salvo por gracia. Ese mismo día, por la mañana, era un malhechor condenado; a lo largo del día era un blasfemo y burlador; antes de acabar el día, era un espíritu redimido en el cielo: “Hoy **estarás conmigo** en el paraíso”. Conducido a echarse en brazos de Cristo, como pecador justamente condenado, iba al cielo con Cristo, tal un redimido por la sangre de Cristo. No fue llamado a llevar una corona de mártir; tampoco se le permitió hacer una larga carrera cristiana. Pecador salvo por gracia, fue capacitado por gracia para dar testimonio de la humanidad sin pecado de nuestro amado Señor en el

momento mismo en que los grandes líderes religiosos del pueblo lo habían abandonado al poder secular como si fuera un malhechor.

Además, fue llevado a reconocerle como Señor y a hablar de su reino venidero, cuando a los ojos del hombre no era posible discernir ninguna señal de señorío o de realeza. Confesar a Cristo rechazado por el mundo, es una obra de primera clase que exhala el más grato olor. El malhechor moribundo reconoció a Cristo cuando un mundo hostil lo había rechazado y sus discípulos, llenos de espanto, lo habían abandonado. Dijo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Fueron dulces palabras para el corazón del Salvador muriente, y más dulce todavía la respuesta que penetró el corazón del moribundo malhechor: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Superaba con mucho lo que el malhechor podía esperar. Lleno de gracia, el Salvador estaba dispuesto a hacer infinitamente más que todo lo que el malhechor podía pedir o pensar. Deseaba que Jesús se acordase de él cuando viniera en su reino. El Salvador dice: “Hoy estarás conmigo”. De manera que, cuando los soldados romanos, cumpliendo sus funciones brutales, vinieron a romper las piernas de este redimido que iba a morir, podía verles venir con una profunda calma y pensar: ¡Estos hombres vienen a enviarme directo al paraíso!



El cielo está mucho más cerca de lo que a veces nos parece. Es el lugar del que llegan rayos benditos sobre la escena triste y sombría que atravesamos. Estar con Jesús, en compañía de aquel que “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20), ¡qué seguridad! No hace falta preguntar dónde está el cielo, qué clase de lugar es o en qué se ocupa uno allí. «Con Jesús», esta es la respuesta a cada una de esas preguntas y a otras muchas parecidas. Allí se prueban en toda su pureza e intensidad los afectos del corazón de un Padre; allí brilla el amor de un Esposo en toda su intensidad; allí se experimenta el frescor, el poder, la simpatía de aquel que nos llama amigos suyos. Allí iba el malhechor, pasando de la cruz al paraíso.

Podemos preguntarnos qué supuso para él encontrarse allí. En efecto, el malhechor dejó atrás ese pobre cuerpo hasta aquel día en que resucitará incorruptible, en gloria y poder. Espera ese momento con todos los que durmieron en Jesús. Sin embargo, es muy cierto que Jesús le dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. ¡Qué pensamiento! De la afrentosa cruz de un malhechor, iba al paraíso de Dios; de una escena de blasfemia, burla y crueldad pasaba a la presencia de Jesús. Dichosa porción para un malhechor moribundo, porción que no depende de ningún mérito suyo, sino tan solo del precioso sacrificio de Cristo, el cual

“por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo” (Hebreos 9:12). De este modo tomó junto a sí al malhechor.

## 2) Hechos 7:59-60

*“Apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió”.*

Este caso es el de un mártir, el primero del noble ejército integrado por los que dejaron su vida por el nombre de Jesús. Esteban no solo era un pecador salvo por gracia; también sufría por la causa de Cristo, y sufrió hasta la muerte. De entre las piedras lanzadas por sus perseguidores, se fue a la presencia de su Señor, el mismo que poco tiempo antes, había dejado esta tierra y estaba preparado para recibir ahora el espíritu de su siervo martirizado. ¡Qué cambio para Esteban!

No olvidemos observar que Esteban fue favorecido con una visión impresionante de la escena en la que estaba a punto de ser introducido: “Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (v. 55-56). ¡Maravillosa perspectiva! Para Esteban el cielo

no debía ser un lugar extraño. Allí estaba “el Hijo del Hombre”; de manera que iba a sentirse a gusto allí. El malhechor veía a Jesús clavado en la cruz a su lado, pero Esteban lo veía arriba, en el cielo, delante de él. No lo veía crucificado sino resucitado y glorificado, coronado de gloria y de honra, a la diestra de la Majestad en las alturas.

Así, si el malhechor podía pensar en el paraíso como la morada de aquel que fue clavado en la cruz, Esteban podía considerarlo como la morada de quien había entrado en la gloria antes que él. Era el mismo lugar y el mismo Jesús para ambos. Para ellos no se trataba de una región vaga y alejada sino de la feliz morada de Jesús crucificado y glorificado.

El malhechor moribundo podía considerarlo desde un punto de vista y el mártir desde otro; pero, para ambos, se trataba de la misma morada atrayente y bendita. El mártir, al igual que el malhechor, dejó su pobre cuerpo en el polvo hasta el día de la resurrección, y esperan igualmente ese momento bendito. Pero desde entonces sus almas están con Jesús, con el Señor, desde hace dos mil años. ¡Qué felices han sido estos siglos para ellos! ¡Sin una nube, una sombra, sin la menor interrupción de su comunión! Estado de espera, pero de reposo perfecto. Sin conflictos, sin pecado ni dolor, sin variación. Para ellos todo eso

terminó para siempre. No que posean algo de un modo más seguro que nosotros, pero todo lo poseen **más felizmente**.

Hay algo particularmente atractivo en la idea del reposo ininterrumpido del cual disfruta el alma en presencia de Jesús, otrora crucificado y ahora glorificado. Haber terminado con un mundo de pecado, de egoísmo y de dolor —con los tambaleos y los cambios de una naturaleza corrompida— con las trampas y astucias de un enemigo sutil, y estar para siempre en el reposo del seno de Jesús, ¡qué profunda bienaventuranza más allá de cualquier expresión! ¡Que el alma desee gozar de ella!

### 3) 2 Corintios 5:4-8

*“Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo (o frágil tienda, v. 1; V.M.) gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”.*

Ahora tenemos el caso de creyentes que gimen, cargados, en el

interior de una tienda que se destruye, y que desean marcharse de allí. Ni su perspectiva ni su esperanza consisten en ser desnudados (nadie piense tal cosa) sino que esperan el momento de ser revestidos de un cuerpo glorificado semejante al cuerpo de Jesús. En otras palabras, esperan la gloriosa aparición del Hijo, viniendo del cielo. ¿No es mucho más bienaventurado esperar el día de gloria estando en el seno de nuestro amado Señor que esperararlo en este mundo triste y sombrío? Por eso el apóstol dice: “Y **más** quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”.

Cuando, para el incrédulo, llega el momento de la muerte con todos sus terrores, para el creyente es el momento de dejar de lado completamente todo aquello que impide la comunión con Cristo; es liberado entonces de todo lo mortal. Cuando los soldados romanos quebraron las piernas de los dos malhechores, enviaron a uno de ellos junto a Jesús, y al otro al lugar donde no hay esperanza. Es, pues, importante que cada uno de nosotros tenga confianza en que, para el creyente, estar “ausente del cuerpo” significa estar “presente al Señor”. Por otro lado, espantosa y terrible más allá de toda expresión es la condición de aquellos que, ausentes del cuerpo, han de estar presentes con el diablo y sus ángeles.

#### 4) Filipenses 1:21-23

*“Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”.*

Aquí, un siervo laborioso levanta la vista de entre sus campos de labor y expresa su ardiente deseo de irse a la presencia de su Maestro. Se halla en la disyuntiva: su espíritu desea marchar, pero echa una mirada de afecto sobre aquellos que sentirían con profundo dolor su pérdida; pensando en ellos, refrena su deseo. “Quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”, dice a los filipenses, “y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe” (v. 24-25). ¡Qué abnegación! Aspira a estar con Cristo; pero es necesario que permanezca con ellos, y está dispuesto a quedarse. En lo que a él se refiere personalmente, partir era “muchísimo mejor”; pero en lo que concierne a los demás, quedarse era “más necesario”. Lleno del espíritu de Cristo, estaba dispuesto a sacrificarse para provecho de ellos.

Ahora, si el lector quiere agrupar estos cuatro pasajes, no solo tendrá ante sí lo que nos da el Nuevo Testamento acerca de los que partieron

en la fe de Cristo, sino que verá también que el Espíritu Santo presenta el tema de manera de hacer frente a las diversas condiciones en las que puede hallarse un cristiano. En Lucas 23 vemos a una persona salva, llevada inmediatamente al paraíso. En Hechos 7, tenemos a alguien a quien le fue permitido sufrir por el nombre de Jesús. En 2 Corintios 5, se trata de un cristiano que gime, cargado, y que desea dejar a un lado su frágil tienda (tabernáculo) para estar presente con el Señor. En Filipenses 1, vemos a un siervo abnegado, rodeado de sus preciosas gavillas, que mira a su Maestro y que aspira a hallar un lugar a sus pies.

Este tema, tan interesante, se halla desarrollado por completo. Note cuidadosamente el lector que es inexistente la idea de que el alma esté en un estado de sueño mientras el cuerpo está en la tumba. Aun cuando no dispusiéramos de la perfecta evidencia de las Escrituras a ese respecto, esta extraña idea se refutaría a sí misma. ¿Quién podría admitir algo tan monstruoso como la noción de un alma dormido? ¡No! El Señor Jesús no dijo al malhechor: «hoy te dormirás». Esteban no encomendó su espíritu al sueño, sino a su Señor. El apóstol no dice: «deseamos más dormirnos» o «teniendo el deseo de dormir»<sup>1</sup>.

¡Bendito sea Dios! Su Palabra nos enseña muy claramente que, si es su voluntad que dejemos este mundo antes de la venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, nuestro lugar será con él mismo, allá arriba, donde el pecado y el dolor son desconocidos, para gozar de la comunión ininterrumpida con Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados en su sangre, esperando el momento en que “se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:52).

C. H. Mackintosh

<sup>1</sup> Esta expresión “dormir” o “dormirse” empleada varias veces en la Escritura (Juan 11:11-13; 1 Tesalonicenses 4:13-15, etc.), se aplica al cuerpo, cuyo despertar deja entrever la resurrección.

---

De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios... no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios.

Hechos 20:24-27

---

Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.

1 Pedro 2:2

---

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

Hebreos 13:8

---

Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.

Filipenses 1:21-23

## **Novedad**

El volumen encuadernado en rústica de los años 2018-2019 de la revista Creced. Véase el precio a la página 20.

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

**Medios de pago:** América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---